

Parque Morazán. Las noticias eran desconsoladoras.

Se supo después en la ciudad que un su gran amigo de antaño había ido a verle en su lecho de enfermo. Que la visita fué cordial y conmovedora. Dos amigos que otrora gobernaron al país, cada cual en su camino, con la más acrisolada honradez que se haya conocido. Dos amigos como lo fueron en Francia Renán y Berthelot. Nos imaginamos aquella visita como la que hiciera Emerson a Carlyle que atravesó el océano para ver a aquel titán de las letras de fama universal. Nos imaginamos nuestros grandes hombres, vidas paralelas cual las de Plutarco, dándose las manos largamente sin decirse nada, diciéndose mucho y llenarse los ojos de lágrimas al ilustre visitante, ante aquella suprema despedida.

Un día al fin, en horas de la mañana, tras tanto padecer,—como el trasatlántico de que ha-

blábamos al principio—levó anclas con rumbo desconocido, para nunca más volver!...

Han pasado ya cinco años de su partida.

Para volver a verle cuando queramos, es menester ir a su pueblo natal, Barba, donde manos cariñosas levantaron un monumento a su memoria. Allá, ante su busto en bronce, podemos meditar sobre él, sobre la patria y sobre sus antepasados lugareños.

Sobre aquel monumento irán los niños de las escuelas silenciosos y compungidos a depositar flores y coronas y a rendir tributo de admiración a la eximia figura de don Cleto González Viquez, cuya trayectoria por el mundo fue tan bella como un tibio sol de primavera que describe su camino en el cielo inacabable de la patria!

ANTONIO DE BENEDICTIS

Setiembre, 23 de 1943.

Del folklore ataqueño

(En el Rep. Amer.)

La yerba del pájaro carpintero

Poseo el secreto para entrar de noche o de día en casa ajena, aunque la guarden siete llaves y los perros más bravos.

No; yo no tengo el secreto; lo sabe el pájaro carpintero. Si alguno desea tenerlo, vaya a la cueva del ave trepadora. Si dentro hay cría, desyerbe un trecho al rededor del palo, suba y clave una lata en la puerta de la cueva, tienda una sábana en el sitio chapado y vigile con paciencia.

Llega la hembra con alimento para los hijos,

pero al hallar cerrada la puerta, vuela angustiada. Pasados unos minutos vuelve la madre y así pasa en un ir y venir. En una de tantas, trae en el pico la yerba que abre cerraduras, la acerca a la hoja de lata y ésta se desprende con violencia de la cueva. El pájaro carpintero deja caer la yerba sobre la sábana. Recoja esa yerba y cuando quiera entrar en una habitación, sin ser visto ni oído, arrime el talismán al cerrojo y ande sin miedo en casa ajena: usted será invisible; nadie lo podrá ver.

Cuero y sebo de coyotes

Las patrullas y los guardias son una calamidad. Diría mejor una maldición. ¿A qué prójimo sin camisa no siguen o a quién no le sacan flete si le ven cara de jornalero?

Había uno, sin embargo, —Juan Nicomedes— azote de guardias y patrullas. Ni los balazos le entraban.

Una vez me dijo el secreto, y como ya murió Juan Nicomedes, puedo sacar del buche esto que me daba, por guardarlo, carraspera.

Los alguaciles más corredores, los guardias más veloces se quedaban lejos de Juan Nicomedes. El no parecía huír y nadie le daba alcance. Dejaba rendidos y muy atrás a los perseguidores.

Los perros no lo seguían. Aullaban al verlo, se erizaban; agachaban, medrosos, las orejas; metían la cola entre las piernas, se arrastraban, agazapados, con afán de hacerse invisibles.

Los caballos mejores, aun espoleados, no alcanzaban a Juan Nicomedes.

Y el secreto?

Muy sencillo.

Juan tenía, amarrado a la cintura, debajo del calzoncillo, un cuerito de coyote; colgada al cuello, una bolsita de sebo del mismo animal. Eso era todo. Y eso le daba agilidad y resistencia. Y eso les daba espanto a los perros y miedo a los caballos.

El Justo Juez

Santíguate, si lo vas a nombrar. Hay en él mucho de hombre y de santo y algunos milésimos de Diablo.

Conoce todos tus pensamientos, sabe tus malas o buenos intenciones; no lo engañas jamás.

Los jueces malvados le robaron al indio hijas, mujer y dinero; lo encarcelaron y lo vejaron. El indio guardó silencio, porque sabía que *El Justo Juez* no ignoraba los desmanes del hombre blanco. Le encendió, pues, el viernes a las doce, una vela, rezó un credo al revés, se encomendó a él y esperó confiado. Un día *El Justo Juez* buscaba al verdugo del indio y le dejaba un regalo valioso: en el regalo iba una enfermedad incurable, de esas feas y hediondas que matan tras largo penar; o le vaciaba las arcas dejándolo pobre; o le mataba el ganado, o le volvía estéril la tierra, o mantenía preso al invierno para que no lloviera. Por eso el indio, al ser desposeído, le dijo al ver-

dugo, sin que el verdugo lo oyera: —Ha de venir *El Justo Juez*.

¿De qué murió don Goyo; de qué murió don Benjamín; de qué murió doña Marcela, de qué la niña más bella de aquel español tan orgulloso y malo, de aquel don Anastasio? Ah! Lo sabe *El Justo Juez*. Pregúntaselo a él, si puedes hallarlo en tu camino. Aunque, no podrás hallarlo en tu camino. Anda siempre de noche y no se deja ver. Pasa a tu lado cuando es más negra la noche, y sabes que alguien va o viene, porque aulla tu perro lastimeramente. Se oculta siempre del hombre blanco o del indio cobarde. Llega a la choza del enfermo, de la viuda, del niño sin madre. Les lleva medicinas, ropa, alimentos y se aleja sin decir jamás quién es.

No lo conocerás si no es por las obras. No quieras nunca ver al *Justo Juez*. Llámalo no más, si la justicia de los hombres deja el camino de la verdad. *El Justo Juez* vive en la tie-

rra salvadoreña y ampara al desvalido y castiga tarde o temprano al hombre que manosea la justicia.

El Sombrerón

No todos los personajes de mi tierra ataqueña son los ogros famélicos y malos que roban y devoran niños.

El Sombrerón es el sabanero bonachón que pierde al hombre ingenuo que monta en ancas de ajeno caballo. Lo pierde en el día, mas en llegando la noche lo devuelve al camino donde antes lo hallara.

Pequeño, fornido, sin abundancia de carnes. Ojo negro—(noche en pleno día)—sonrisa agradable, voz muy insinuante. Así es *El Sombrerón*.

Los días de sol lo llevan de preferencia a los caminos más transitados. Ama la compañía de los hombres. Goza del chiste alegre, del cuento milagroso que le da vuelos a la imaginación. El también sabe mucho y gusta de narrar escenas maravillosas.

A las mujeres no las pierde nunca. A los niños los monta en su alazán y los lleva lejos del poblado, a mundos de poesía que los niños no olvidan jamás.

Si ves venir un hombre de grande sombrero de anchas faldas, sobre hermoso caballo, no le digas nada. Pasa callado si él no te habla; respóndele si te conversa. No le tengas miedo. Es tu amigo. Es un genio de la raza. Es el jinete que engañó al ibero, que lo perdió en la selva mientras el indio huía del blanco perseguidor. Si no lograba perder al blanco, montaba en ancas al indio y se iba con él, sin dejarles huellas a los perros de presa. Conocía bien los sitios donde hay maíz y frijoles y alumbra el sol sin cadenas.

De América se fue el español conquistador; se quedó *El Sombrerón* en los caminos soleados y juega a llevarte al bosque y dejarte allá perdido, para que aprendas a no montar a la grupa de caballo que no sea ruyo. Te pierde para enseñarte a desconfiar del hombre que va cabalgando los senderos de la tierra ataqueña.

Sábelo bien entonces, conoce al amigo y procura averiguar si el que monta un alazán es tu enemigo.

Esos coyotes...

Son animales inofensivos, según la hora.

Si a usted lo sorprende la noche en el monte, se lo pueden comer.

El machete o el revólver no le sirven de nada. Hay una hora en que las armas son aliadas del coyote. El lo sabe y llega cuando usted no podrá defenderse.

Los hechos suceden así:—Aulla una partida de coyotes. A usted se le espeluzna el cuerpo, se le grifa el cabello se le duerme la lengua. Quiere huír y no puede. Pero hay cerca un árbol, sube usted a él con mil trabajos y se esconde entre el follaje.

Los aullidos se vienen acercando y son punales de miedo en el cuerpo suyo. Mas se consuela sabiéndose alto, en lugar seguro a donde las bestias no pueden llegar.

¡Equivocado, mi distinguido señor! No suben los coyotes, pero baja usted. Baja y se lo comen.

¿Ríe? Pues voy a contarle:—Llegan los coyotes al pie del árbol y empiezan a dar vueltas alrededor del tronco. De vez en cuando se detienen y orinan. A usted lo divierte aquello. ¡Pobrecito! Los orines lo emborrachan, lo duermen y cae usted y se lo comen los coyotes.

FRANCISCO LUARCA

San Gabriel de Aserrí (Costa Rica), 1941-42.